

vestida de negro, y que conceptuaba como extranjera, criolla, húngara.... Margarita estaba muy satisfecha de aquella amistad que la lisonjeaba: ¡ser amiga de la querida del Gran Duque! Noris veía en Margot toda la rectitud que los golpes del infortunio podían haberle dejado; y mientras que Gardanne refería las aventuras de la Condesa con Chantenay, recordaba lo que Margot le había referido de un *pasado* que no echaba de menos, pero que había sido honrado, y que contrastaba extraña y cruelmente con el presente de la joven.

Y Noris, mirando á Margarita y al *reporter*, comparaba la existencia de la primera con la de la señora de Montepreux, y la caída de Margot con su propia caída.

Margarita había crecido al aire libre en la calleja de la Chapelle, en los arrabales de París, viviendo en un quinto piso, que llenaba su familia, compuesta de tres personas, incluyendo á la pequeña, según ésta lo había referido muchas veces á Noris. Su padre era un buen muchacho, que se había casado por amor y continuaba adorando á su mujer. No tenía más parientes que una abuela de mal humor, á quien pagaban el alquiler en otra casa para que el matrimonio pudiera vivir en paz.

Margarita se estremecía aún al pensar en la bruja, mujercilla nerviosa y seca, con ojos de gitana, que le daban miedo siempre que la niña iba á visitarla. Sólo volvía á sus labios la sonrisa cuando pensaba en su madre. ¡*Mamá!* Esta era una muchacha de París, alegre y loca como una curruca, y que se juzgaba muy feliz entre su esposo, á quien quería como á un amante, y su hija, á la que ves-

tía, adornaba y hacía saltar como á una muñeca.

En los recuerdos de Margarita había, como en el pasado de Noris, días de sol, expediciones campesinas á Saint-Denis, junto al río, comidas en la isla sobre el verde césped, y paseos á lo largo del río, donde los grandes barcos anclados, parecidos á ballenas, divertían á la niña. Y las fiestas del barrio, los caballitos de madera y los juguetes de porcelana ganados á la ruleta.... En uno de los cajones de un gabinete italiano, con adornos de marfil, Margot conservaba y miraba frecuentemente sus retratos al daguerreotipo ridículo, colocado en un *passee-partout* de filetes dorados, con una anilla de cobre para colgarlo de la pared, y en cuyo óvalo se veían, medio borradas y como fundidas bajo el cristal, tres figuras agrupadas: un hombre joven de aspecto de soldado ó de obrero, con la chaqueta dominguera de cuello de terciopelo y cadena dorada en el chaleco, de pie, junto á una mujer sentada, con chal francés y un sombrerito, sosteniendo á una niña de largos y rizados cabellos, vestida como una princesa. Á veces enseñaba á Noris aquel daguerreotipo: aquella niña era ella, adornada como un juguete, desnudos los bracitos gordos, en cuyos codos se le formaban hoyitos, y aun creía sentir sobre su piel y en sus cabellos las caricias de su madre. Estaba la obrera tan orgullosa con su hija; se pasaba el día vistiéndola, mirándola y «comiéndosela» á besos. Se detenía ante los escaparates de los grandes almacenes, mirando las confecciones, los sombreros de niñas, las cintas de los adornos, y de regreso en casa, encontraba ingeniosidades de hada parisiense para arreglar á Margarita trajes tan vistosos como los de las niñas ricas; nudos en los

cabellos, cintas en los hombros, cinturones, faldas y sombreros.

—Hortensia (decía Carlos Brunier), perjudicas á esa muñeca, que no podrá tener siempre esos arambeles.

—¡Bah! (respondía la madre.) Eso llevará adelantado.... Además, que quiero que sea tan bonita como las que juegan en las Tullerías. Esto á nadie hace daño.

Brunier, amante de la madre y de la hija, abrazaba á las dos, y no volvía á tratarse del asunto. Por otra parte, aquella apariencia de lujo no costaba cara, y Brunier ganaba entonces buenos jornales. Hortensia tenía razón tal vez: aquello se llevaba adelantado.... ¡Y Margarita era tan linda!

Crecía con el instintivo sentimiento de su belleza: los niños adivinan lo que de ellos se piensa, y retienen, como una alcancía, lo que se deja caer acerca de su inteligencia ó de su gracia. Margarita comprendía que agradaba, y cuando iba á jugar al Parque, veía que algunas señoras volvían la cabeza para admirar á la pequeña rubia, con la mirada inquieta y á la par orgullosa de las madres.

De aquellos triunfos de niña conservaba, ya mujer, sensaciones exquisitas; oía aún las risas de Hortensia, cuando se alejaba para contemplar á la pequeña, á la distancia de un cuadro, diciendo:

—¡Qué linda! ¡Qué linda!

Y á esta exclamación seguían caricias y besos ardientes como mordiscos.

—¡Estoy loca con ella!—decía la obrera.

—Y él también (pensaba Noris), también Eugenio Feraud estaba loco con su bella Dinorah, que ahora, en la sociedad, estaba al nivel de Margot.

Hortensia Brunier había vestido á su Margarita en un domingo de Piñata á la Pompadour, con pedazos de seda blanca bordados de rosas, y la niña se había paseado con su traje, admirada como una reina. Las aclamaciones de las gentes extasiadas con aquella carne rosada y la hermosa cabellera de aquella marquesa de siete años, halagaba después de algún tiempo la vanidad de Margot: en aquellos triunfos de niña, había algo de la coquetería de la mujer. El padre se encogía de hombros; pero conceptuaba de imprudente á Hortensia; así se desarrollaban, en su opinión, los torpes instintos de los niños. Margarita, desgraciadamente, no había nacido para llevar brocados y guardainfantes á la Pompadour. Aquellas ideas de lujo podían desvanecer á la niña, que, como bonita, lo era mucho; pero la hija de un ebanista no podía aspirar á brillar por sus cabellos ni sus brazos desnudos, á menos de ser actriz.

—¿Y por qué no?—preguntaba la abuela, cuando oía esto.

—Porque mi niña no ha nacido para ello,—replícaba Brunier, sin fijarse en la mirada extraña que en los ojos de su madre brillaba.

El obrero murió, víctima de una fiebre tifoidea, cuando Margarita contaba nueve años, y notó ésta un gran vacío en su hogar. Por la noche tenía miedo y llamaba á su papá, como si aquella débil voz pudiera ser escuchada por el muerto. El daguerreotipo de la fiesta de Saint-Cloud estaba colgado de la pared, y la niña lo miraba continuamente. La habían llevado á una escuela municipal, y como era inteligente, admiraba á la directora. Se le llamaba «la Princesa», y creció juzgándo-

se de naturaleza superior á la de sus compañeras.

—Eso es lo que nos pierde á nosotras,—decía sencillamente Margot, cuando refería á Noris su historia.

La madre no le decía ya que era linda, pero trabajaba para terminar la educación de la niña. Se había llevado con ellas á su suegra, que no le ayudaba, y que, por el contrario, en sus aficiones al lujo, compraba, en cuanto tenía algún dinero, cualquier inutilidad, como, por ejemplo, ramos de flores, que se marchitaban en aquella casa tan pobre. Hortensia se mataba trabajando, por no haber dejado Brunier más que algunas cortas economías, disminuídas por los honorarios del médico. Aquel chorlito parisiense se había hecho una mujer seria y resuelta, que luchaba por su hija con toda la fuerza nerviosa de las mujeres. Yendo un día Margarita á la escuela con la vieja, la derribó un carruaje, y estuvo á punto de aplastarla. Conducida á su casa, fué tal la impresión nerviosa de la madre, que se la declaró la corea, que fué en aumento, á pesar de las medicinas con que era combatida. Entonces llegó la verdadera miseria, sin salida alguna, por haberse comido los ahorros de la libreta de la Caja, y estar terriblemente disminuídos los jornales por causa de la enfermedad. Mirando á su hija con desesperación, se acordaba de su esposo, y decía: «¡Carlos tenía razón!... ¡Nunca se acierta!»

Solamente la abuela, poniendo los ojos en aquella niña fina como un lirio y que ya empezaba á convertirse en mujer, veía la salvación en Margarita. En su cabeza se agolpaban locos recuerdos de riquezas, de triunfos en el teatro.... La abuela

continuaba el sueño de que la madre había despertado, y reconstruía el derribado castillo de naipes. Castillos análogos á los levantados por Eugenio Feraud, y destruídos también por la adversidad. ¡Decididamente todas las humanas existencias son iguales!

La vieja decía en voz baja á Margarita, soplando locuras en su oreja de rosa:

—No te inquietes...., que una muchacha bonita como tú, sale siempre adelante.

Margarita no se apuraba por sí á los doce años, sino por su madre viva y enferma, como se había apurado teniendo ocho por su padre muerto. Las crisis del sufrimiento sacudían los nervios de la niña, que se veía invadida por el magnetismo doloroso de las neurosis. De repente tuvo que llorar la falta de la pobre enferma que la asustaba tanto, pues una mañana amaneció muerta, y Margarita tuvo que balbucear el cruel calificativo de *huérfana*.

—Mamá ahora.... ¡Mamá, después de papá!

Cuando, pasados los años, evocaba en medio de su lujo aquellos tristes recuerdos de la infancia, cuando desgarraba su corazón para enseñárselo á Noris, Margarita Brunier sentía la amarga soledad de aquella habitación que la abuela iba á convertir en un zaquizamí, y toda su vida de joven se encerraba en un sollozo. Avivaba aquellos recuerdos de su vida con una abuela insensata, que se complacía en desarrollar en ella apetitos de riquezas, instintos de rebelión, deseos de imposible libertad. Parecíale estar viendo con su vestido negro y harapiento, como el de una loca, aquel rostro pálido de sombras amarillas, mostrando sus quime-

ras, prometiéndole una prodigiosa existencia de alegría, é impulsándola, uno y otro día, á la vida ruidosa y lúgubre en que había de lanzarse Margot.

Y Noris se estremecía también hasta los huesos, porque también las ilusiones la habían arrastrado hasta encontrarse con Margarita.

La abuela de Margot le hablaba del teatro y de sus fortunas, como el pobre Feraud hablaba á su hija de sus sueños de oro de novela. ¡El teatro! ¡Margarita ni tenía aptitudes ni gusto por él! Escuchaba á la vieja hablar del lujo de las actrices y de todo cuanto producen aquellos tablados llenos de polvo, que han reemplazado á los escalones de los tronos, y deseaba entrar en él, soñando en su taller por cuenta propia, lo que la abuela soñaba por ella: cuando pensaba en lo que había hecho en su primera juventud, permanecía asomada á su ventana, sintiendo despertarse su pubertad, como los olores de vida entre los perfumes del viento. Otras mujeres habían tenido virginidades y pudores... ¡Cuánto las envidiaba! Su primavera se había marchitado como la florescencia de los almendros cuando el granizo la corta, arrojando sus blancuras al barro. Todas sus ignorancias desfloradas por aquella vieja medio demente, inconsciente y soñadora de imposibles. Margot sabía lo que cuesta el despertar de semejantes sueños. Se veía conducida por su abuela al despacho del director de un teatrillo, y sentía aún la impresión abrasadora de la mirada de aquel hombre. El la había tomado la mano para firmar la contrata, y nunca había olvidado aquella repugnante mano. Un debut ignorado en un rincón, las persecuciones de los calaveras, aquellos hasti-

dores sucios, sus náuseas hacia el oficio, la rebelión, la fuga, una miseria feroz, la caída, la casualidad colocando en su camino á un ciudadano aburrido, ni bueno ni malo, ni desenfrenado ni generoso, recogiendo casi por piedad á aquella joven afligida, y perdiéndola paternalmente, mientras le daba consejos de moral práctica. ¡He ahí su primer amor!

Y aquel hombre, ayudado por la abuela Brunier, había hecho de Margarita la señorita Margot, libertada de la miseria que ataca al vientre, y entregada á esa otra miseria que ataca al corazón.

¡Qué ironía! Mientras que el padre y la madre reposaban en Montmartre en la fosa común, porque Margarita no había tenido dinero para renovar sus sepulturas, la abuela odiada, muerta después, tenía un monumento muy caro de piedra, costado por Margarita, no por cariño, sino para ver el nombre *Brunier* grabado sobre una tumba. De los que recibieron sus primeros besos honrados, Margarita no guardaba más que la melancolía del recuerdo y el viejo daguerreotipo que amarilleaba y se iba borrando.

Noris no olvidaba nunca aquella confidencia que por casualidad le había hecho la hermosa rubia, porque Margot no era melancólica, de su vida arrastrada sin amor, hasta inspirar, no una pasión, sino un capricho al marqués de Ferdys, mitad amigo, mitad amante, pero más joven por cierto y más simpático con sus grises cabellos ensortijados, que los elegantes de la crema y del *péchu* que habían sucedido, sin reemplazarles, á los de su generación, los Gerardos de Chantenay y los Courmont-Canterouse, lo cual no impedía á Margot el repetir

sencillamente, para terminar, cuando recordaba su pasado á Noris:

—¿Y queréis que lo diga todo? Amo al señor de Ferdys como un compañero; pero, de corazón, á nadie he amado.

—Por eso acaso sois feliz,—respondió Noris.

Y Margot añadía riendo:

—¡Bah! ¿Existe la felicidad?... Yo tal vez acabe en un hospital.

Noris, que meditaba en las confesiones hechas por Margot, á quien quería por su franqueza, y de la que aceptaba invitaciones como la de aquella tarde, interrumpió de repente la charla de Gardanne, diciendo bruscamente, comparando su vida y la de Margot con la de la condesa de Montepreux:

—¿Sabéis, Gardanne, lo que vuestra historia me demuestra?... La historia de vuestra Condesa.... Pues que mi axioma no es siempre exacto.

—¿Un axioma vuestro? ¿Y cuál es?... Me servirá de *mot de la fin* para vuestro artículo.

—Es el siguiente: «Ochenta veces de cada ciento, la falta de la mujer es un crimen del hombre.»

—¡Oh! Buen tema de conferencia para una revolucionaria de reunión pública.... Á dos pasos de aquí, en la sala Levis, os aplaudirían á rabiarse.

Noris movió los hombros.... ¡Bastante le importaba á ella la política! La política de la mujer es el amor, que revoluciona y trunca sus destinos. Pero tenía en el corazón, con un desdén y una amargura que desbordaban, una herida siempre abierta: el recuerdo de la traición de Chantenay, cuyo nombre se había evocado tal vez con intención por aquel traperero de actualidades, dedicado á llenar su cartera de notas.

¡El príncipe René Beaumartel de Chantenay! ¡*Flor-de-Chic*! ¡El rey de París, no destronado en cinco años! Poco á poco empezó á hablar de él, en un principio como de un parisiense cualquiera, de un ser encontrado antiguamente, terciándose en su vida, y después maquinalmente, por la pendiente de los recuerdos, llegaba, ante un indiferente como Gardanne y una muchacha inferior á ella, á evocar todo el drama de sus diez y nueve años, tan olvidado en París como una comedia retirada de los carteles.

Sólo Gardanne tal vez lo recordaba, porque su oficio era de recuerdos, y Margot experimentaba una especie de curiosa voluptuosidad oyendo hablar de René, como ella habría hablado de aquel primer amante que decidió de su vida.

Por la mañana, el encuentro con Raimundo; por la tarde, la evocación del recuerdo de Chantenay; parecíale á Noris tener cinco años menos, que el Gran Duque no existía, y que se encontraba frente á frente con el Príncipe. Pero ¡qué diferencia! René había hecho de ella, viva, una muerta; y si en su corazón quedaba una pasión, era el deseo de vengarse de sus cobardías en todos. Y se envanecía de ello osadamente ante el periodista y la otra desgraciada.

—Así somos nosotras (decía). Nos engaña un hombre, y pagan los demás.

Gardanne sonreía, mientras que Margarita aprobaba, y el joven murmuró, arrojando su cigarro al cenicero:

—¡Cuidado!.... Á juzgar por vuestras palabras, podría creerse que aún amáis al Príncipe.

—¿Yo?... ¡Yo no amo ya á nadie!

—¿Y el Gran Duque?

—Le respeto, le estimo....

—¿En cuánto?...—dijo Gardanne al oído de Margot, que le dió un golpe en los dedos para indicarle que callara.

—Soy muy feliz (dijo Noris) por haberle encontrado; pues que esto me permite vivir á mi modo y obedecer mi propia ley; pero no le amo, ni creo que él tome mucho empeño en que le ame.

—¡Amor paternal! (exclamó Gardanne sonriendo, y sujetándose el monóculo ante el ojo derecho, como Chantenay.) ¡Pues si vos no amáis á nadie (prosiguió), yo no juraría que el príncipe de Chantenay no esté loco por vos!

—¡Bah!—exclamó Noris.

—Me he encontrado con él en una comida dada por el Yachting-Club, y se ha hablado de vos.... ¡Muy bien, por otra parte!

—¡Favor que me hacen esos caballeros!

—Pues bien: el Príncipe estaba...., ¿cómo lo diré?... , molesto.

—¡Bah!—repitió Noris.

—Sí, molesto positivamente...., sobre todo cuando el señor de Iseux le preguntó si no os veía ya. Chantenay respondió negativamente; pero con un tono especial....

—¿Y á qué llamáis «especial»?

—Triste, si lo preferís, ó disgustado.

—Eso último debe ser lo cierto. Señor Gardanne, en mi salón tengo un magnífico estudio de Delacroix....

—¡Soberbio!

—¿Vuestra *Marroquí*?—preguntó Margot.

—Mi *Marroquí*. Cuando yo estaba.... en otra

parte, la *Marroquí*, que tenía un pobre marco negro, no llamaba la atención. Hoy, con su marco reluciente y nuevo, y barnizada, ilumina mi salón. Todos la miran, y exclaman: «Es magnífico ese lienzo...., un Delacroix». Un poco de barniz: he aquí cuanto hace falta para entusiasmar á los inteligentes.... Acaso el barniz es lo que hace al señor de Chantenay fijarse en mí.

—Os juro que no: he hablado con él...., y he notado algo de remordimiento.

Noris se echó á reír expansivamente.

—¿Remordimiento?... Si eso pudiera venderse en el Hotel Druot, alcanzaría muy alto precio: un remordimiento del príncipe René: objeto raro.

Margarita quería bromear, no conociendo bien á Noris Feraud:

—Lo que no impediría, si se presentase en la calle Jouffroy....

Noris le interrumpió con la mirada centellante:

—No le recibiría.

—Tendría mucha razón en obligarle á hacer antesala (dijo Gardanne). Es buen método...., de dentista....: esto quita el dolor de muelas y aumenta el mal de amor.

—Gardanne, vuestro brazo,—dijo Margot.

Cuando pasaban del comedor al saloncito en que Margarita había hecho disponer el piano para que Noris pudiera tocar, un criado anunció al señor de Ferdys (padre), que llegaba en traje de etiqueta, para hacer tiempo antes de ir al baile de la Ópera. Siempre era el mismo; el hermano mayor de su hijo.

Iba á contar una historia muy dramática; la de una amazona americana, muy linda, que se había

suicidado por un *clubman*, el señor de Sableuse.

—¿Y ha muerto?—preguntó Margarita.

Gardanne buscaba su sombrero, para correr en busca de noticias.

—Envenenada (contestó el señor de Ferdys). Había manifestado el firme propósito de suicidarse, tirándose de su caballo en pleno circo; pero después juzgó preferible un poco de láudano.

Y enseñaba el retrato de la amazona, que acababa de comprar: una joven alta, rubia, con un bosque de cabellos, ojos hoscos y aspecto salvaje.

—En Europa no hay más mujeres que las americanas,—dijo el Marqués riendo.

—Gracias (respondió Margot, riendo también).

Y Noris, que en pie, delante del piano, miraba, al resplandor de las bujías, el retrato de la joven yankee muerta, preguntó, mientras vagaba por sus labios pálidos una sonrisa:

—¿Y por qué no hay más que estas mujeres?... ¿Por qué son las únicas que se suicidan por amor?

Y como el señor de Ferdys callase, siguió ella diciendo:

—Ha sido muy necia Fanny Love en suicidarse por Sableuse. Acaso, si hubiera vivido, él se hubiera arrastrado á sus pies, para desatarle las sandalias.

Gardanne, impaciente ya por correr en busca de detalles á la habitación de Fanny Love, se despedía de Margarita; pero no olvidando su famosa serie de *Interiores parisienses*,—dijo, tendiendo á Noris la mano:

—Os ruego que, como hoy lo ha hecho la señorita Brunier, me concedáis mañana media hora de

conversación en vuestra casa...., como á un fotógrafo,—añadió, burlándose de sí propio.

—¿Para qué?

—Quisiera de vos un *interview*, y me faltan aún muchos detalles....; por ejemplo....

—¿El qué?

—Gracias á vos, pude ver el otro día, y podré describir, vuestro salón...., el tocador...., la biblioteca....; pero aún me falta....

—¿El dormitorio?... Es justo. ¡Una visita á una cortesana! El dormitorio de la querida del Gran Duque.... Pues bien, Gardanne: eso no es para vos: ¡cuesta muy caro!

Y Noris se sentó al piano, dejando al joven algo aturdido, aunque sin nada que confestar, porque le urgía más otro asunto: un *interior* de Fanny Love muerta.

No había salido aun, cuando Noris, maquinalmente, se puso á tocar el piano, como para aturdirse, rápidamente, con una nerviosidad singular y enfermiza, como si en aquel día, desde el encuentro con Raimundo hasta el anuncio de la romántica muerte de la americana, todo hubiese concurrido á recordarle al señor de Chantenay.

El Marqués se había acercado á ella, mientras que Margarita, que no sabía una nota de música, la escuchaba encantada.

—¿Que tocáis?—preguntó el señor de Ferdys.

—Mendelssohn.

—Es muy lindo.

—¡Oh! Pero no reemplaza al baile, mi querido Marqués. Es melancólico, y me agrada. Cuando toco eso—¡qué tontería!—me acuerdo de mi vestido blanco para la primera comunión, con el velo flo-

tante como una nube ó unas alas. Aquel velo blanco nos hace soñar á las muchachas, que nos creemos desposadas.... ¡Qué hermoso nombre de desposada!

Cesó de recorrer con sus dedos el teclado, y cerró el piano con repentina violencia.

—¡Basta ya! Es música de mujer honrada.

Y se volvió en su taburete al lado en que Margarita la contemplaba admirada.

El señor de Ferdys sentía siempre, al ver á Noris, una impresión de profunda piedad: la encontraba encantadora con aquellos ojos profundos y aquella triste sonrisa, en que había melancólica poesía; pero, conocedor de las mujeres, le agradaba especialmente en ella su franqueza y el honrado orgullo que conservaba. El Marqués se decía frecuentemente que de no haber encontrado en su camino al principillo de Chantenay, aquella Noris sería la criatura más completa del mundo. Un espíritu recto, una lealtad á toda prueba, mucho valor, y en su estado de protegida del Gran Duque, que hubiera hecho estallar de vanidad á tantas otras, una especie de amarga melancolía y la nostalgia de su antigua y humilde existencia. Este sentimiento lo hallaba siempre en Noris, y ahora mismo en el impulso que le hiciera cerrar el piano sobre la sinfonía de Mendelssohn, como la tãpa de un ataúd sobre un cadáver.

El Marqués, con su flema de corrido parisiense, tomándolo todo como un espectáculo, comparaba entonces á la pãlida Noris con la linda rubia estupefacta, que se preguntaba qué tenía su amiga para estar tan nerviosa.

—¡Ah! (se decía el Marqués): no sería Margot capaz de esas melancolías.

Y por esto, Margot le agradaba sin apasionarle y le divertía. Mucha hubiera sido su sorpresa si Margot le hubiese referido sus visitas al cementerio y los amargos recuerdos que á veces la acometían también. Hubiera quedado sorprendido, aun sabiendo que con las mujeres siempre hay que esperar alguna estupefacción.

Noris experimentaba como una necesidad de estar sola y de meditar. Cerrado ya el piano, se levantó, tendiendo la mano á Margarita:

—Buenas noches,—dijo.

—¿Os vais?

—Sí.

—Una taza de te siquiera, querida amiga.

—No, gracias.... No sé lo que pasa por mi cabeza, que me pone tristonaa.... Voy á encerrarme como los niños.

—Es vuestra música la que á mí también me pone triste. ¿Os vais decididamente?

—Os acompañaré (dijo Ferdys). Mi coche está ahí, y os dejaré en vuestra casa.

Margarita reía.

—¡Si yo fuera celosa!

—¿Celosa?

—Sí, querido Marqués....; tenéis debilidad por Noris, y no soy yo la única que lo ha observado en París.

—Tanto mejor. Esto demuestra que tengo la franqueza de mis sentimientos; efectivamente, soy uno de los más sinceros admiradores de la señorita Feraud.... Y yo no admiro más que lo que estimo,—añadió, observando la fría mirada de Noris.

Ella, agradeciendo la frase, aceptó aquella mano que apretó nerviosamente, diciéndole:

—Sois excelente, y muy galante.... ¡Por algo os llaman el último Marqués, mi querido Ferdys!

Este respondió casi grave:

—El último, no.... Queda mi hijo.

Noris no contestó; pero Margot, que la miraba; observó que se había puesto muy seria y casi había palidecido.

—¿Cuándo os volveré á ver?—preguntó Margarita á su amante, al despedirse

—Mañana.... ó pasado.

—Cuando queráis; pero nos vemos tan poco, que podría juzgárenos casados en toda regla.

—¡Oh! (exclamó el Marqués, riendo.) ¡Si estuviésemos casados, no nos veríamos nunca!

Besó galantemente la mano de Margarita, inclinando sus cabellos grises, rizados y como empolvados, sobre aquélla, y después, con la gracia de un joven, se apartó para dejar paso á Noris, se puso un sobretodo gris encima del frac, mientras ella se envolvía en un abrigo, y salían á la calle á pie, por haberse negado Noris á aceptar el carruaje.

La casa estaba al otro extremo de la calle, y ésta, casi desierta, constituía un verdadero paseo á través de un barrio elegante. Noris se apoyaba en el brazo del Marqués con un sentimiento de confianza profunda, correspondiendo á la palabra «estimación» que había espontáneamente pronunciado poco antes.

Adivinaba que la simpatía del señor de Ferdys era verdadera. En la violenta aventura en que sus esperanzas y su fe habían naufragado, había estado seguramente de su parte, y en contra de su sobrino, el Marqués. El padre debía pensar lo mismo

que el hijo. Y le parecía extraña casualidad la de aquel día, empezado junto al joven Marqués en una arboleda del Bosque, y terminado con un paseo lento del brazo del padre, á lo largo de aquella calle desierta, seguidos por el carruaje, cuyos faroles parecían en la obscuridad dos ojos vigilantes.

No experimentaba al lado del Marqués aquella impresión de contento y de rejuvenecimiento por los recuerdos que había sentido junto á Raimundo; pero la esencia especial de *stros tiempos* que el joven conservaba, el olor y el gusto de las lágrimas, lo encontraba también en el padre; cuanto había constituido sus ilusiones y sus desencantos cinco años antes, reaparecía ante ella; por dos veces en un día se despertaba el pasado á los ojos de Noris, como si el paseo de los Postes reverdecido por la primavera, y la calle Jouffroy envuelta en sombras, se hubiesen poblado de fantasmas.

Y en todo el paseo sólo habló al padre de aquel hijo á quien por la mañana había visto. El Marqués estaba orgulloso de Raimundo, porque prometía ser un oficial admirable y un hombre útil.

¡Útil! El Marqués, aun en contra suya, comparaba su vida de hombre de mundo con la digna y gloriosa que Raimundo había aceptado.

¡Qué diferencia entre ambos!

Él también había tenido sus momentos de bravura como todo el mundo; pero en circunstancias dadas: una parte de heroísmo entre dos de placer. Se había batido bien; pero, ¿qué suponía eso?

Raimundo, por el contrario, había consagrado toda su vida á una noble empresa. Sus veinte años ofrecidos al país, su juventud pasada sobre el puente de un buque, las olas del mar amenazando

arrebatarse de su puesto, mientras el padre jugaba en el Círculo una partida de *baccarat*. ¡Qué extraña antítesis, que hacía sonreír al Marqués!

—Lo más extraño (decía á Noris), es que si alguien ha hecho un contrato leonino con la vida, no es él, sino yo. Empiezo á comprender que es terriblemente monótona la vida de París, y á preguntarme si es posible entrar á los cincuenta años en el baile, sin parecer muy ajado y muy ridículo.

—Marqués, seréis hasta el fin de vuestros días el más joven de todos los parisienses.

—Pero no temáis que deje al ridículo tomarme la delantera. Me enterraré vivo en Ferdys, ó en otra cualquier parte.

—¿Como Carlos V?

—Y fundaré premios á la virtud para las aldeanas, como aquél construía relojes.

—Si yo fuera hombre, no me fiaría de los premios á la virtud que adjudicáis,—dijo Noris jovialmente.

La joven le agradecía aquellas confianzas, que le demostraban la estimación de que el Marqués había hablado, entregándose á ella como á una naturaleza leal. De seguro que no había dicho nunca la mitad á Margot, acaso por parecerle que debía algún interés y alguna simpatía á aquella pobre Noris, para borrar el mal recuerdo de René. La trataba como una amiga, y encontraba especial encanto en la amistad de las mujeres, la más segura de las amistades, cuando no la precede ni la sigue el amor. Y entonces, en la naturalidad de aquellas confianzas, en aquella noche de primavera parisiense, en que se escuchaba el lejano rodar de carruajes que no se veían y el agudo silbido de la locomotora, el

marqués de Ferdys expresaba todas sus esperanzas en el porvenir de su hijo. En el presente podía mostrarle con orgullo, considerado por todos, bravo, inteligente, instruído como nadie, y en el porvenir, ilustre acaso, casado con alguna muchacha digna de él, una provinciana (añadía Ferdys, riendo), y dándole al viejo *sportman* boletines de lejanas expediciones para alegrarle, y hermosos muchachos que consolasen al abuelo por la ausencia del padre.

¡Raimundo casado!

Ferdys, que siempre había conceptuado insostenible para él el matrimonio, lo juzgaba admirable para su hijo. Y, sin explicarse el sentimiento confuso que experimentaba, Noris sentía opresión en el pecho y las lágrimas se le agolpaban á sus ojos ante aquel cuadro de familia, viendo revelarse el abuelo bajo el vividor, con apetitos de paternidad y ansias de hogar.

Tal vez fuera un efecto de la primavera; pero Noris sentía angustia en el corazón y ganas de llorar. ¿Por qué había llevado Ferdys aquella fotografía de la *yankee* y referido la historia de Fanny Love, matándose neciamente por Sableuse, como tuvo la tentación de hacerlo en el hotel de Chantenay? La suerte tomaba á empeño llevarla cruelmente hacia su pasado.

Y para colmo de ironía, los sueños de Ferdys y sus proyectos sobre Raimundo. Quería burlarse de aquel cuadro bosquejado por el *clubman*, entre una visita á Margot y una presentación en el baile.

Dejó á Noris en la puerta de su casa, y cuando ella tiró de la campanilla, la besó la mano y subió á su coche. Subió lentamente la escalera que condu-

cía á su habitación, como si la tristeza entorpeciera sus pasos.

—Ahí arriba hay un despacho para la señora,—dijo el criado.

—¡Ah! (dijo, sin que aquella promesa de lo desconocido despertase en ella inquietudes ni esperanzas.) ¿Donde está?—preguntó á la doncella, entrando en el gabinete-tocador que precedía al dormitorio, cuya descripción quería dar Gardanne en sus crónicas, como si el secreto de la vida de Noris perteneciera á todo el mundo.

El despacho estaba sobre el mármol del tocador, entre los cepillos de marfil con cifras de plata; y Noris se sentó delante del espejo para que su doncella le recogiese el cabello. El despacho procedía del Cáucaso, donde el gran duque Vassili hacía una visita de inspección, recordando en Tifflis el aniversario del día en que tuvo la buena suerte de encontrar á Noris en Niza, y enviándole con su saludo una joya del arte bizantino, y que llegaría á manos de la joven al mismo tiempo que el despacho, bajo sobre de la embajada.

Noris leía con verdadera indiferencia aquel despacho, cuyo tono algo frío, casi diplomático, nada tenía de amoroso; pero que en aquel recuerdo de un aniversario, de Tifflis á París, había más afecto sincero,—ó estima, como decía Ferdys,—que en muchas banalidades parisienses.

Bajo un sobre, lacrado de rojo, había un estuche con las armas de Rusia, sobre el mismo tocador. Noris lo abrió, examinó la cruz moscovita de esmaltes preciosos, de un azul pálido y un rojo de sangre, que rodeaba una figurita de Cristo enflaquecido y doliente; y mirando aquel crucificado,

aquellas incrustaciones de esmaltes, aquella joyería de un arte exquisito, exclamaba:

—¡Pobre Gran Duque! ¡Acaso es quien más me ama en el mundo...., sencillamente porque yo no le quiero, y él me profesa un verdadero amor!

Y, casi riéndose, dijo en voz alta, sin que Silvina, su doncella, muy ocupada en contemplar la cruz, la escuchase:

—La verdad de la vida consiste en dejarse amar, y no amar.... Hija, Silvina, que me tiráis del pelo.... ¡Un poquito de cuidado, que me hacéis daño!